HOMO COMMUNICANS,
IMAGEN DEL DIOS TRINITARIO

1.- Introducción

Hablar de la comunicación es referirnos a un tema fundamental de la existencia humana. Esto es tan evidente, que apenas merecería una argumentación para demostrarlo. "Significa centrar inmediatamente la atención en el hombre, puesto que se reconoce universalmente el hecho de que comunicar es una realidad intrínseca y determinante de la naturaleza humana". Al tratar de definirla, este autor afirma que se trata de "una especie de instinto relacionado con el de la socialización, un instinto que lleva al hombre a la búsqueda de una vida comunitaria como dimensión existencial"[2]. Es evidente que siempre ha existido la comunicación desde que existe el ser humano, al grado que podemos llamarlo, en analogía con otras dimensiones fundamentales, un "horno communicans".

No se trata, sin embargo, de desarrollar este aspecto en toda su amplitud antropológica (que implicaría también, por ejemplo, el análisis de su semejanza y su diversidad con otros seres vivientes: también los animales "se comunican"); lo que aquí nos interesa desarrollar y clarificar es la perspectiva *teológica,* concretamente: **cristiana.** Presuponiendo una reflexión centrada en la Sagrada Escritura, nos orientaremos más bien en la dirección de la teología sistemática: o sea, en la *antropología teológica.*

2.- Planteamiento fundamental del tema

La afirmación básica de la antropología cristiana se centra en el carácter inalienable de todo hombre o mujer en cuanto *imagen y semejanza de Dios:* una convicción que encontramos ya desde la primera página de la Sagrada Escritura (Gen 1, 27). No se trata, por lo tanto, de un simple análisis fenomenológico, común a todas las "ciencias humanas", sino que su enfoque específico consiste en profundizar "el fenómeno humano" desde la perspectiva de la revelación de Dios, en cuanto creado a su imagen y semejanza.

A primera vista, sin embargo, parecería que tal enfoque, aplicándolo al terna concreto de la *comunicación,* no encontraría una respuesta adecuada; más aún: la facultad humana de la comunicación, más que asemejarnos a Dios, parece que nos distingue y separa de Él; y esto, por dos razones principales.

[1] C. CARNICELLA, *Comunicación,* en: R. LATOURELLE - R. FISICHELLA (Dirs.), *Diccionario de Teología Fundamental,* Madrid, Paulinas, 1992, 193.
[2] Ibídem.

En primer lugar, porque la comunicación humana es, ante todo, expresión de su *precariedad:* un ser humano encerrado en sí mismo e incapaz de toda comunicación, no puede sobrevivir, ni desarrollar sus cualidades esenciales; por ello, *necesita* comunicarse. Dicha precariedad no puede conciliarse, indudablemente, con la perfección divina.

En segundo lugar, la comunicación, en cuanto que expresa la totalidad del ser humano, requiere esencialmente la *corporeidad:* tanto respecto al lenguaje *verbal,* como también -paradójicamente, más todavía- en cuanto al lenguaje no-verbal. No se trata de establecer dicotomías trasnochadas (del tipo cuerpo-alma), ya que no es "el cuerpo" el que se comunica, sino *la persona:* lo que sucede es que, en dicha comunicación, se implica todo su ser corpóreo-espiritual. ¿Cómo podríamos imaginar que esta característica nos *asemeje* a Dios? Parecería que es todo lo contrario: nos distingue de Él, que es "Espíritu Puro".

Además, en relación con este segundo aspecto, no podemos soslayar que, si bien la corporeidad es indispensable para la comunicación, también puede ser un obstáculo para ella: puedo *comunicar* algo que no corresponde a mi realidad más profunda, precisamente porque la otra persona no puede conocer el fondo de mi interioridad; en otras palabras, puedo *mentir*.

Por ahora no responderemos a estas objeciones, precisamente porque se basan en un presupuesto totalmente discutible: *se cree* saber cómo es Dios, sin haber hablado todavía del Dios cristiano, que se ha revelado definitivamente en Cristo Jesús; más aún: precisamente en Él descubrimos un Dios que se *quiere comunicar* con nosotros. Por ello, es indispensable que ahondemos en la identidad del Dios cristiano, ante todo en su manifestación/revelación con la humanidad.

3.- **"Se ha manifestado la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor a los hombres" (Tito 3, 4).**

Con demasiada frecuencia se entiende el carácter fundamental del ser humano en cuanto "imagen y semejanza de Dios" de manera estática, como algo dado de una vez para siempre. En realidad, desde sus inicios la teología cristiana ha tratado de comprenderlo de forma *dinámica,* incluso a través de la dialéctica que implica distinguir ambas palabras: creados *a imagen* de Dios, estamos llamados a ser *semejantes* a Él: una idea genial, que ya se encuentra de alguna manera en san Ireneo, desarrollada más adelante por san Agustín y santo Tomás de Aquino.

Podemos verlo también desde otra perspectiva, inspirada por la célebre discusión de los años 50 del siglo XX sobre la relación entre la naturaleza humana y la Gracia de Dios: una discusión que ha caído demasiado rápidamente en el olvido. Uno de los aspectos de tal controversia se centraba en la necesidad de salvaguardar la libertad de Dios y la gratuidad absoluta en la salvación del hombre, minimizando, en la práctica, la convicción cristiana de la voluntad salvífica universal de Dios.

Para profundizar este tema, cito nuevamente la frase del Génesis, en una versión ligeramente distinta: "Hagamos a (un ser) a nuestra imagen y semejanza, al hombre". Esta versión subraya que Dios, al querer crear a un ser *semejante a Él,* ha creado al hombre... Una convicción expresada en una hermosísima frase de la tradición teológica: **Prius intelligitur deiformis quam horno:** al ser humano hay que entenderlo, teológicamente, antes como dei-forme que como hombre"; esto es: Dios no ha dado una orientación "posterior" al hombre que había creado, sino más bien, su orientación fundamental hacia Dios constituye un don totalmente gratuito de Dios, ciertamente, pero "regalado" a la naturaleza humana en cuanto tal. Continuando con la glosa del Génesis, al final, cuando Dios contempla lo que ha hecho, puede exclamar, satisfecho: "Todo me ha salido bien... pero crear al ser humano, hombre y mujer, es lo mejor que he podido hacer" (cfr. Gen 1, 31).

La gran tradición teológica ha querido expresar esta grandeza del hombre a través de dos expresiones de una extraordinaria densidad: todo hombre y mujer es **capax Dei,** "capaz de Dios", esto es, tiene la capacidad de conocerle, de comunicarse con Él, de dialogar con Él, y, en fin de cuentas, de encontrar sólo en Él su plenitud y felicidad. Por ello, una de sus características esenciales es la **potentia oboedientialis,** la capacidad de *escuchar/obedecer* a este Dios que no lo ha creado porque lo necesite, sino que lo necesita... porque lo ha creado y lo ama incondicionalmente[3].

Todo el plan de salvación de Dios puede sintetizarse en una sola palabra: **epifanía,** *manifestación*. Dios no se ha contentado con amarnos, sino que ha querido *manifestarnos* su Amor; y dicha manifestación tiene un nombre concreto: Jesucristo, el Hijo de Dios, la Palabra hecha Carne.

El Concilio Vaticano **II,** al hablar de esta revelación, indica que se realiza "a través de obras y palabras intrínsecamente ligadas; las obras que Dios realiza en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y las realidades

[3] A este respecto, podemos recordar la obra clásica de KARL RAHNER, *Oyente de la Palabra*, Barcelona, Herder, 1967.

que las palabra significan; a su vez, las palabras proclaman las obras y explican su misterio" (DV, 2).

4.- "...La Vida se ha manifestado, y nosotros la hemos visto"(1 Jn 1, 2): la Revelación de Dios como comunicación, en san Juan.

En el Nuevo Testamento; concretamente: en el evangelio y las cartas de san Juan, encontrarnos una "teología de la comunicación" centrada en la persona de Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios hecho Hombre, caracterizado como el *Logos* de Dios. El término *logos,* tomado de la experiencia humana, es extraordinariamente fecundo para manifestar la salvación que Dios ofrece al hombre, en clave de *comunicación.* Sabemos que, históricamente, sirvió de puente ya desde el siglo **II** d.C. entre la concepción veterotestamentaria de la Palabra creadora y eficaz de Dios (el *dabar* de Yahvé) y el pensamiento greco-romano y helenístico (recordando que *Logos* no significa sólo "palabra", sino también *Razón, Sentido* -de ahí que el adjetivo *lógico* signifique no tanto "verbal", sino *razonable, no absurdo o sin sentido-).*

Al inicio de su primera carta, escribe el Apóstol: "Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos acerca de la Palabra de Vida -pues la Vida se manifestó, y nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciarnos la Vida eterna, que estaba junto al Padre y que se nos manifestó-, lo que hemos visto y oído os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo" (1 Jn 1, 1-3): la fe cristiana consiste básicamente en el encuentro con una Persona visible y tangible, que se nos ha *comunicado,* y de quien el apóstol da testimonio, para que el creyente pueda también estar en comunicación/comunión con Dios.

Esta comunicación/comunión con Dios, que hace posible Jesucristo-Logos, constituye el núcleo de la perfección del hombre; o, evocando la hermosa expresión de san Agustín, la satisfacción del anhelo de todo corazón humano, que sólo en Dios puede encontrar su descanso y plenitud. A la petición de Felipe: "Señor, muéstranos al Padre y eso nos basta", Jesús responde: "¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me conoces, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre" (Jn 14, 8-9). Esta comunicación plena, sin reservas, es expresión de su amistad, que se manifiesta al máximo al dar la propia vida: "no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer" (Jn 15, 15).

Podemos todavía ir más a profundidad. Causa una cierta extrañeza que, en el discurso de despedida en la Última Cena, Jesús llame al Espíritu Santo "el Paráclito, el Espíritu *de la* ***Verdad,*** que procede del Padre" (Jn 14, 17; 15, 26; 16, 13). Dentro de la lógica joánica (y más todavía, a la luz de la posterior teología trinitaria) habría sido de esperar que lo llamara "el Espíritu *del Amor"*. Sin pretender hacer exégesis en el sentido estricto del término, sugiero una hipótesis teológica para interpretar este título joánico: el sustrato de un paradigma joánico que entiende **la revelación como *comunicación* trinitaria.**

No hay que olvidar que la presentación de Jesús, el Hijo de Dios hecho Hombre (de hecho, el título "Hijo del Hombre" en Juan connota esta función de *revelación*[4]*)* en cuanto *Logos,* se encuentra como consecuencia, y a la vez como tensión dialéctica respecto a la invisibilidad/inefabilidad/trascendencia de Dios: "A Dios nadie le ha visto jamás; el Hijo Unigénito, que está en el seno del Padre, nos lo ha manifestado (Ellynoato)" (Jn 1, 18). En la experiencia humana, la *palabra* (entendida en sentido amplio, no sólo en cuanto "flatus vocis") expresa lo que la mente del hombre *piensa,* pero que, sin dicha expresión, no se podría nunca conocer. Para que haya concordancia perfecta entre el *pensamiento* y la *palabra,* es indispensable la ***verdad:*** la mentira, en cambio, es la distorsión entre lo que pienso/siento y lo que expreso.

Análogamente, entre la Trascendencia absoluta de Dios ("nadie lo ha visto nunca") y su revelación definitiva en Jesucristo, *Logos* del Padre, encontramos al *Espíritu de la Verdad,* que une al Padre y al Hijo. Este título encaja perfectamente dentro de dicho *paradigma comunicativo.*

Sub contrario, es igualmente significativo que, en la obra joánica, se caracteriza la oposición a Dios como *mentira:* 1 Jn 1, 5. 8. 10; 2, 4. 21-22. 27; 4, 1. 6. 20; 5, 10

Esta "comunicación trinitaria" no termina, sin embargo, aquí. Como Iglesia, estamos llamados todos los cristianos a continuar la misión del *Logos* mediante la fuerza del *Espíritu:* esto es, hacer presente y "verdadero" este Amor de Dios. De hecho, Juan repite en su primera carta la misma expresión utilizada en el evangelio: "A Dios nadie lo ha visto nunca" para enlazarla con el testimonio de la comunidad cristiana, centrado en el *amor fraterno:* "A Dios nadie le ha visto nunca. *Si nos amamos unos a otros, Dios mora en nosotros y su amor llega en nosotros a su plenitud"* (1 Jn , 4, 12). Es lo que nos ha recordado el Papa emérito Benedicto XVI: **"caritas in veritate".**

[4] Cfr. FRANCIS J. MOLONEY, *The Johannine Son of Man,* Roma, LAS, 1976.

Por ello, como síntesis, recordamos el final de la primera carta de Juan: "Nosotros estamos en el Verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el Dios verdadero y la Vida eterna" (1 Jn 5, 20). Y en su segunda carta: "La gracia, la misericordia y la paz de parte de Dios Padre y de Jesucristo, el Hijo del Padre, estarán con nosotros *según la verdad y el amor"* (2[1] Juan, v. 3).

5.- De la comunicación de Dios, al Dios-Comunión

Hemos dejado al principio varias preguntas sin respuesta: en concreto, cómo entender el carácter fundamental del ser humano, fundamentalmente capaz de comunicación, en cuanto imagen y semejanza de Dios. Y no podemos responder a ella, si antes no nos preguntamos acerca de ese Dios en quien creemos, y a cuya imagen y semejanza hemos sido creados.

Hemos subrayado ya el aspecto fundamental de la relación de Dios con la humanidad en clave de *revelación/comunicación:* pero la pregunta decisiva es ahora: la comunicación de Dios pertenece sólo a su actuar, o constituye una característica del ser mismo de Dios? En realidad, evoca el famoso "axioma de Rahner": la Trinidad económica *es* la Trinidad inmanente; en otras palabras: Dios no se revela a nosotros distinto de cómo Él es[5].

Por ello, todo lo que hemos dicho antes no ha sido innecesario, ni nos ha apartado de nuestro tema central: al contrario, nos ha hecho ver que nuestra fe no tiene nada que ver con especulaciones abstractas o conceptuales, sino con una *historia de amor/comunicación/salvación* entre Dios y sus hijos e hijas, centrada en el Don por excelencia, la entrega de su Hijo Jesucristo por nosotros: "Dios amó tanto al mundo, que le dio a su Hijo único" (Jn 3, 16).

Esto nos conduce al Misterio central de nuestra fe: el Dios en quien creemos no es un Dios solitario, autosuficiente, in-comunicado e in-comunicativo: es Padre, Hijo y Espíritu Santo: Dios-Amor, Trino y Uno.

La teología tradicional no ha subrayado suficientemente el carácter de *comunicación* como aspecto central en la vida intratrinitaria, probablemente porque tampoco había reflexionado suficientemente en dicho rasgo en la experiencia humana; sin embargo, nunca ha estado ausente de ella; basta pensar cómo esta característica aparece ya desde el relato bíblico de la Creación: primero, como preocupación del mismo Dios, al constatar la insatisfacción del hombre entre todos los demás seres creados: "No es bueno que el hombre esté solo" (Gen 2, 18); en cambio, poco después, como consecuencia del pecado,

[5] Para una presentación crítica del pensamiento de Karl Rahner al respecto, cfr. LUIS F. LADARIA, *La Trinidad, Misterio de Comunión,* Salamanca, Secretariado Trinitario, 2002, pp. 1164.

aparece el bloqueo de dicha comunicación, a nivel de pareja (Adán-Eva), de familia (Caín-Abel) e incluso de la sociedad entera, desembocando en el fracaso de la torre de Babel (Gen 11, 1-9).

A pesar de este "olvido" en la reflexión trinitaria, de alguna manera ha estado siempre presente, en especial desde la perspectiva de la plena *comunión y comunicación de la **Vida** trinitaria*. Para expresarlo, la teología acuñó el concepto trinitario clave de la **perijóresis:** la plena "circulación" de la vida divina entre Padre, Hijo y Espíritu Santo, que Hans Urs von Balthasar no teme llamar "kénosis intratrinitaria"[6]: esto es, la entrega total y sin reservas que realizan entre sí las Divinas Personas, que permite hablar responsablemente de un Dios que **es** (y no solamente *"tiene")* **Amor.** Para ahondar este tema central, habría que analizar, desde la experiencia humana, la donación que implica el amor en cualquiera de sus auténticas manifestaciones, en clave de comunicación: ya que en dicha donación no comunicamos "algo", sino nos entregamos plenamente nosotros mismo. No hay comunicación más plena que la del amor. Más aún: la teología trinitaria de alguna manera afirma que esta comunión/comunicación constituye a las Personas divinas: basta recordar la expresión cumbre de santo Tomás de Aquino: **"relatio subsistens".** "Pensar" a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo como "núcleos personales de relación" está más allá de toda comprensión, superando infinitamente toda capacidad humana de comunicación. C_frS*er=*,

En este sentido, me atrevo a decir: en Dios no "hay" comunicación; Dios **es** Comunicación. Y a imagen de este Dios hemos sido creados, para llegar a ser semejantes a Él, mediante el amor (cfr. Ef 1, 4). Reaparece aquí la dinámica del proceso dialéctico fundamental: cada hombre y mujer somos, por naturaleza, imagen de Dios-Uno, y nada puede borrar en nosotros esta identidad esencial (ni siquiera el pecado más grave, ni la misma condenación eterna, como terrible posibilidad última de la libertad humana); pero estamos llamados a asemejarnos al Dios-Trino: "Como Tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que Tú me has enviado" (In 17, 21), es la petición de Jesús al Padre en la Última Cena.

Retomemos el planteamiento inicial, a saber: que la comunicación humana parecería más distinguirnos que asemejarnos a Dios, por dos razones: una, la *precariedad* que está a la base de la necesidad humana de comunicarnos, y otra, la indispensabilidad de la *corporeidad* como base de la manifestación: ambos aspectos que no podemos atribuir a Dios.

[6] HANS URS VON BALTHASAR, *El Misterio Pascual,* en: J. FEINER-M. LÜHRER (Eds.), *Mysterium Salutis III,* Madrid, Ed. Cristiandad, 3[1] Ed., 1992, p. 677: "El anonadamiento de Dios en la encarnación es ónticamente posible porque Dios se despoja eternamente en su entrega tripersonal".

Para responder a ello, conviene recordar que hablar de "imagen-semejanza" implica ubicarnos entre la *igualdad* y la *diferencia*. El pensamiento cristiano ha hablado siempre, a este respecto, de *analogía*. Somos *semejante,* no *"iguales"* a Dios. Hay que evitar, sin embargo, el peligro de pensar que dicha analogía lleva a "debilitar" en Dios la comunicación; en realidad, es todo lo contrario: la comunicación humana es un débil reflejo del Misterio del Dios-Comunicación. "La Bondad suma no puede existir más que en la comunicación suma. Ésta puede existir porque en Dios hay que excluir tanto la esterilidad corno la avaricia, es decir, el no poder o el no querer darse completamente. Pero Dios Padre quiere y puede comunicar enteramente la esencia divina al Hijo y al Espíritu, y así Dios no es solitario"'

Si analizarnos más a profundidad estos dos aspectos desde nuestra experiencia, podernos afirmar que la realidad humana de la comunicación se alimenta de dos fuentes opuestas: la *precariedad,* sin duda, pero también la *plenitud:* al grado que, en la medida en que nos comunicarnos *más y mejor,* más nos realizamos en cuanto personas; el mayor peligro sería el de quien aspira a ser tan autosuficiente, que no tenga ninguna necesidad de comunicación con los demás (en realidad, sería la expresión más precisa... del infierno).

Por otra parte, mencionamos arriba, en cuanto a la corporeidad, una dialéctica innegable: el cuerpo es instrumento de comunicación (verbal o no verbal), pero también puede "opacar", dificultar o incluso impedir dicha comunicación (en el caso de la mentira). ¡Cuántas veces decimos, a quienes queremos: "Quisiera que pudieras ver mi corazón, mis sentimientos más íntimos"! Dicha "opacidad" en la comunicación humana, está ausente totalmente en Dios; por ello, podernos concluir, de una forma sin duda paradójica, que somos *semejantes* (no iguales, ciertamente, pero tampoco diversos) de Dios precisamente en cuanto "sujetos encarnados".

En la plena comunicación de amor con Dios y con nuestros hermanos y hermanas, encontramos nuestra felicidad/plenitud humana; en lenguaje cristiano, nuestra salvación. "Esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y al que Tú has enviado, Jesucristo" (In 17, 3).

P. José Luis Plascencia Moncayo SDB
Roma - UPS, Abril de 2013.

[7] LUIS F. LADARIA, *La Trinidad, Misterio de Comunión,* p. 135.